

humana que recordara haber oído contar semejante perturbación (1). En la atmósfera había ocurrido un combate de tifones; la más violenta de las trombas atravesó la costa Noroeste de la Española, arrancando y desarraigando los árboles gigantes como si fueran tiernas yerbas; arrastró los buques amarrados en el puerto, los sumergió en las olas varias veces, y los sepultó hechos trozos en el fondo de las aguas. Luégo que cesó el terrible fenómeno de los aires, una repentina hinchazón agitó el mar, cuyas olas bramadoras se levantaban hasta el cielo oscurecido. En un instante, por una estrepitosa corriente de agua, traspasaron la eterna barrera impuesta á su furia, y se extendieron por el interior de las tierras, inundando los terrenos llanos de la costa. Los españoles creían que había llegado el fin del mundo: los indios veían en aquel caos el castigo de los crímenes de sus tiranos.

Cuando hubo pasado el azote, corrieron al puerto. ¡Ay! de las cuatro carabelas de Aguado, de otras tres que en él había ancladas, no se veía ya más que una sola... la más pequeña, la más deteriorada, la más frágil de todas: ¡la *Niña!* aquella carabela que había socorrido al Almirante en su naufragio de la Navidad, que le había conducido otra vez á Palos, que luégo despues, bajo el nombre de *Santa Clara*, le había llevado á la exploración del mar de Cuba, al descubrimiento de la Jamáica, del archipiélago de los Jardines de la Reina, de donde había regresado acribillada, abierta, y que, amenazando sumergirse en el puerto, parecía condenada inevitablemente á ser deshecha.

(1) «Neque enim viventis ullius ætate aut memoria majorum extabat similem unquam turbinem qui et grandiores arbores evelleret ad eam insulam ruisse.»—Petri Martyris Anglerii, *Oceanæ Decadis primæ, liber quartus*, fól. 12.

## CAPÍTULO VIII.

DESCUBRIMIENTO DE LAS MINAS DE ORO EN LAS ORILLAS DEL OZAMA.—PARTIDA DE COLÓN PARA CASTILLA CON LOS ENFERMOS, EL CACIQUE CAONABO Y TREINTA Y DOS CAUTIVOS INDIOS.—LAS CORRIENTES Y LOS VIENTOS CONTRARIOS LES HACEN SUFRIR UN LARGO RETRASO.—TOMAN TIERRA EN LA GUADALUPE PARA PROVEERSE DE VÍVERES.—ABNEGACION ROMANESCA DE UNA PRINCESA ANTROPÓFAGA Á FAVOR DEL CARAIBE CAONABO.—INDIFERENCIA É INDOMABLE ORGULLO DEL CACIQUE.—MUEREN Á BORDO ÉL Y SU HERMANO.—SE DEJA SENTIR EL HAMBRE.—LOS TRIPULANTES MIRAN CON ENOJO Á LOS INDIOS: QUIEREN ECHARLOS AL MAR PARA AUMENTAR EN OTRO TANTO LAS RACIONES.—EL ALMIRANTE TOMA SU DEFENSA, VELA POR ELLOS, Y PREDICE EL DÍA EN QUE SE DESCUBRIRÁ LA TIERRA.—LLEGAN Á CÁDIZ.

### § I.

Al punto dió orden el Almirante de reparar la *Santa Clara* y construir otra carabela, que se llamaría la *Santa Cruz*; porque comprendía la urgencia de llegar á Castilla al mismo tiempo que su nuevo acusador. Miétras se construía el nuevo buque para el cual se hacían servir las piezas de las carabelas destruidas que las olas echaban á la playa, como indemnización del siniestro, recibió una noticia que debía ser más útil para su defensa que el relato de su administración, dirigida por una prudencia superior, y cuya única falta fué una bondad demasiado excesiva.

El jóven Miguel Díaz, aragones, agregado al servicio de don Bartolomé Colón, muchacho de corazón, de hermosa figura, pero extremadamente violento, había tenido disputas, algunos meses ántes del terrible huracán, con uno de sus compatriotas, y en presencia de algunos españoles, se había batido con él con navaja. El adversario de Miguel Díaz cayó bañado en su sangre. Sabiendo éste cuán inflexible era don Bartolomé, aunque era familiar suyo, no se atrevió á implorar su indulgencia, por lo cual huyó acompañado de los testigos del duelo. Su carrera errante les trajo á orillas del Ozama, en el territorio de una jóven Cacique cuya

hermosura sorprendió á Miguel Díaz. La india se enamoró de él súbitamente, y muy pronto se hizo cristiana para casarse con él. En el bautismo le pusieron el nombre de Catalina.

Temerosa de que su marido sintiera demasiado su separacion de los suyos, y la abandonara algun día, le reveló la existencia de unas minas de oro, situadas á siete leguas de allí, y le invitó á que llamara á sus compatriotas á su territorio. Al punto vió Díaz en esta comunicacion el medio de obtener su indulto. Resolvió ir, acompañado de algunos de los súbditos de su esposa, á encontrar á don Bartolomé: se ocultó en los alrededores de la Isabela, hizo llamar á uno de sus amigos, y supo que no solamente no había muerto el herido, sino que estaba completamente curado. Entónces ya no temió presentarse. Acogióle don Bartolomé, le perdonó, y le reconcilió con su adversario (1). Esta noticia era un apoyo providencial para Colon.

Inmediatamente envió á su hermano don Bartolomé hacia aquel lejano distrito, escoltado por un destacamento de infanteria y acompaño del metalurgista Pablo Belvis con algunos mineros. Pasaron por la Concepcion, donde tomaron guias del país, atravesaron los dominios del Cacique Bonaó y llegaron al rio llamado Hayna, en cuya orilla hallaron una abundante mina de oro. Halláronlo tambien en sus afluyentes, y recogieron algunos trozos que manifestaban la importancia de su descubrimiento.

Don Bartolomé trajo consigo pepitas de oro de mucho valor. Recibiólas el Almirante con vivo agradecimiento á Dios que colmaba sus deseos, enviándole en el momento de su partida el medio mejor para confundir á sus enemigos, alentar á los Reyes Católicos para que continuaran los descubrimientos y permitirle que coronara sus trabajos con la conquista ó el rescate del Santo Sepulcro, objeto supremo de toda su ambicion en este mundo. Segun sus constantes costumbres de piedad, encerróse luégo en su oratorio (2), para dar libremente gracias al Señor, y ofrecerle las primicias de aquel nuevo descubrimiento del oro. La parte del terreno de Hayna donde se habian descubierto aquellas minas, llamóse San Cristóbal, del nombre de la fortaleza que el Almirante mandó construir allí.

Ántes de su partida, quiso el Almirante arreglar, para el tiempo en que durase su ausencia, el régimen interior de la Colonia. En virtud de sus poderes y privilegios, nombró por su teniente general á su hermano don Bartolomé, bajo el título de Adelantado, por el cual, desde entónces, se le designó siempre. Tambien nombró como magistrado superior de la Colonia á Francisco Roldan, en otro

(1) Oviedo y Valdés, *la Historia natural y general de las Indias*, lib. II, cap. XIII.

(2) «Cuando se le traía oro ó algo de valor, se arrodillaba en su oratorio y daba gracias á Dios» — Herrera, *Historia de las Indias occidentales*. Década 1.<sup>a</sup>, lib. VI, cap. xv.

tiempo agregado á su servicio personal; hombre poco instruido, pero de claro talento, lleno de discernimiento y dedicado á la jurisprudencia. Ya anteriormente le había elevado el Almirante al cargo de juez de primera instancia, y había desempeñado este cargo con general satisfaccion.

Habiase apresurado ya Cristóbal Colon á proveer á las primeras necesidades espirituales de la Colonia, tan tristemente descuidadas por el padre Boil. Aseguróse de que durante su ausencia se anunciaría la religion católica á los habitantes de la isla. Confió el honor de aquel apostolado á un franciscano, el padre Juan Bergoñon, á quien agregó el piadoso fray Roman Pane, que poseía el don de lenguas. Envió despues este último á las tierras del Cacique Guarionex, encargándole que redactara una memoria acerca de las creencias primitivas de los indígenas, su génesis y cosmogonia (1). Á pesar de su celo por la gloria del Salvador y la salvacion de las almas, el padre Roman Pane, que se llamaba por humildad el *pobre ermitaño*, tuvo miedo por un momento, ante la idea de encontrarse solo y abandonado entre hordas irritadas y extravagantes. Expuso su espanto al Almirante, y le suplicó que le permitiera tener consigo algunos cristianos para sostenerle y consolarle en su aislamiento. Colon le autorizó con la mayor amabilidad del mundo, para que se llevara consigo á quien quisiera (2); y cuidó al propio tiempo de establecer un cuerpo de guardia de infanteria en puesto conveniente de la residencia de los misioneros, para prevenir cualquier atentado de los idólatras contra sus personas.

Aunque la ligereza de su carácter y la confusion de sus creencias preservaban á los indígenas de un fanatismo feroz, sus sacerdotes llamados *Bohutis*, que desempeñaban al mismo tiempo el papel de médicos y hechiceros, tenían interes en que un culto nuevo no aniquilara su oficio bastante lucrativo, y hubieran podido poner las armas en manos de aquellas crédulas gentes. La religion de los insulares consistia principalmente en el fondo en una fe grosera en el poder de ciertos ídolos, á quienes llamaban Zemes. Estos Zemes, unos de madera, otros de piedra, muy variados en sus formas y atribuciones, no se diferenciaban mucho de los fetiches de los negros y de los manitus de los pieles rojas. Los sacerdotes ó *Bohutis* no constituían una corporacion aparte; no tenían dotacion, ni privilegios hereditarios; no dominaban á los Caciques; y por su parte, estos no intentaban en manera alguna disminuir el crédito de la supersticion. Para desacreditar aquella

(1) El mismo Padre Roman Pane declara que escribe por su orden.—«De orden del ilustre señor el Almirante virrei y gobernador de las islas y tierra firme.»—*Escritura de Fray Roman*, en la Coleccion de Bácia, tom. I.

(2) «Lo qual me concedió y me dijo que llevase conmigo á quien mas quisiese.»—*Escritura de Fray Roman del orden de san Gerónimo*.

religion desprovista de dogmas formulados y aún símbolos, que no se sostenía por ninguna raíz de la tradición, hubiera bastado la dulzura y caridad del Evangelio; pero desgraciadamente, los vicios y las violencias de los españoles alteraban en aquellos pueblos la idea del catolicismo; y estos, confundiendo la religión con el hombre, hacían al cristianismo responsable de los crímenes de sus opresores.

## § II.

A últimos de febrero, se hallaron las dos carabelas en disposición de hacerse á la mar, y se procedió al embarque, repartiéndose entre las dos carabelas los enfermos, los descontentos, los hidalgos desilusionados, en número de doscientos veinticinco, y treinta y dos indios, entre los que había el orgulloso Caonabo, con uno de sus hermanos, su hijo y su sobrino (1). Aguado se embarcó en el buque nuevo, y Colon en la pobre, pero fiel, *Santa Clara*.

El 10 de marzo de 1496 salieron del puerto las dos embarcaciones y se adelantaron hacia el Este para probar un nuevo derrotero. Todavía no estaba hecha la experiencia de los vientos que reinan en aquellas aguas. No se sabía entonces que era necesario gobernar directamente al Norte, para encontrar los vientos alisios que favorecen la vuelta á Europa. Colon tuvo que luchar contra la fuerza de los vientos y cansar á la tripulación con incesantes maniobras. Doce días pasó luchando de esta manera, ántes de perder de vista el cabo oriental de la Española. Finalmente, á pesar de los vientos y de las corrientes contrarias, pudo encontrarse en alta mar; pero ya estaban á 6 de abril. Los viveres y las fuerzas de la tripulación habían disminuido por el consumo de 26 días. El Almirante se decidió, en vista de esto, á hacer escala en los Caraibes para abastecerse allí.

Gobernó al Mediodía; y el 10 de abril, un mes despues de su salida, echó el ancla en la Guadalupe. Envió dos lanchas armadas á procurarse provisiones que debían pagarse con bagatelas de Europa; pero la playa se cubrió en un momento de amazonas soberbiamente coronadas con penachos de plumas, armadas de arcos y amenazando oponerse al desembarque. La fuerza de las rompientes obligó á las lanchas á sostenerse á cierta distancia: dos indios se echaron á nado, y dijeron á las mujeres que no querían hacerles ningún mal; que sólo pedían viveres, en pago

(1) « Entre ellos á Caonabo, que murió en el camino, á un hermano, un hijo y un sobrino del mismo Cacique. »—Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, lib. V, § 38.

de los cuales les darían alhajas del cielo, *Turey*. Las amazonas les remitieron á sus maridos (1) que se hallaban al otro lado de la isla, hacia el Norte.

Las lanchas remaron en aquella dirección. Divisaron en la costa una multitud de guerreros de aspecto feroz y gestos amenazadores, que les arrojaron una lluvia de flechas fuera de tiro. Viendo que á pesar de esto no dejaban las lanchas de aproximarse á ellos, se ocultaron en las arboledas vecinas, de las que salieron repentinamente, lanzando horribles gritos, en el momento que los españoles desembarcaban. Una descarga de los arcabuces les hizo retroceder hacia lo más espeso del bosque; y huyeron, abandonando sus chozas abiertas, en las que encontraron los españoles viveres, miel con cera, magníficos papagayos y un brazo de hombre (2) medio asado junto al fuego.

El Almirante envió un destacamento de cuarenta hombres para reconocer diversos puntos de la isla, y regresó el día siguiente trayendo tres niños y diez mujeres, entre las que se distinguía la arrogante esposa de un Cacique.

Aquella robusta hermosura, que gozaba una corpulencia de las más pródigamente rollizas, á pesar de su gordura, había cansado á la carrera á todos los que la perseguían. Sólo había logrado sostenerse sobre sus huellas un jóven de las Canarias que estaba al servicio del Almirante, corredor de mucha fama. Cuando la vigorosa matrona vió que el jóven se hallaba distante del resto de la tropa, volvióse atrás en un abrir de ojos, y se arrojó sobre él de improviso, derribándole con la violencia del choque. Echada encima de él y oprimiéndole con su mole de carne, le ahogaba y hundía en su cuello sus uñas afiladas. Hubiérale muerto sin remedio si, al ver sus compañeros el peligro, no hubiesen volado á su auxilio (3). Cogieron á la caraibe encarnizada sobre su presa, costándoles mucho trabajo el hacérsela soltar. Todas aquellas mujeres iban desnudas, y eran muy gruesas; á fin de que sus piernas parecieran más gordas de lo que realmente eran, las apretaban con fajas de algodón debajo de la corva y en el tobillo: llevaban sueltos sobre sus hombros los cabellos, muy lustrosos y perfumados con zumo de yerbas olorosas.

Nueve días emplearon los españoles en recorrer la isla y reunir cantidades de cazabe. Proveyeron de leña y agua, y despues en el acto de hacerse á la vela, dió libertad el Almirante á las mujeres y niños á quienes llenó de aquellas fruslerias de que se enamoraban tanto todos los indios. Pero la mujer del Cacique declaró

(1) Herrera, *Historia general de los viajes y conquistas, etc., en las Indias occidentales*. Década 1, lib. III, capítulo 1.

(2) Fernando Colon, *Historia del Almirante*, cap. LXII.

(3) Herrera, *Historia general de los viajes y conquistas, etc., en las Indias occidentales*. Década 1.ª, lib. III, capítulo 1.